

Ante un nuevo sistema filosófico

Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina (2021). *Orden oculto: ensayo de una epistemología fenomenológica*. Oviedo, Eikasía, 340 páginas.

Silverio Sánchez Corredera. Catedrático de Filosofía en enseñanza secundaria.

Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina publicaba en 2014 *Estromatología* y ahora, en octubre de 2021, cierra su sistema con *El orden oculto*. El filósofo español, discípulo de Gustavo Bueno y Husserl, nos sitúa ante una filosofía revolucionaria.

Los estromas de *Estromatología* se nos presentan en *El orden oculto* como los tres niveles de la realidad humana allí estudiada, pero sucede que estos estratos se corresponden punto por punto con la estructura de la escala *evolutiva* de la naturaleza. Mostrar el orden oculto significa, en este contexto, determinar la precisa correlación entre lo humano y lo *real del mundo*.

Sus trescientas cuarenta páginas llenas de aquilatadas tesis revolucionarias y de todo un engranaje argumentativo de la mejor factura, sorprende por la capacidad que el autor ha tenido para decir tanto en tan poco espacio. Después de un largo siglo tras esos asuntos, la explicación reside, creo, en que estamos ante la labor de toda una vida empeñada en comprender seriamente la ontología y la epistemología a la altura de nuestra época. Catedrático emérito de Estética, estamos ante un filósofo profundo, riguroso, documentado, honesto e innovador.

Tras veinticinco siglos de filosofía y de ciencia clásicas, se ha conseguido configurar la escala natural y se han desarrollado múltiples ciencias naturales, ciencias humanas y desplegar conocimientos culturales —qué es el arte, qué es la estética, en qué consiste la religión—, y en este contexto, Edmund Husserl, tras las huellas de Brentano, introduce un elemento nuevo: la *intencionalidad*. La intencionalidad significa que la filosofía pasa a acogerse a un principio organizador, que retrocede un paso más atrás



de lo que hacen el dualismo sujeto/objeto o mundo/conciencia o existencia/esencia o materia/forma. La intencionalidad no es ya un registro meramente psicológico sino un principio organizador de los procesos de conocimiento, de las experiencias y vivencias tanto conscientemente operadas como transoperadas de modo inconsciente. Si *algo sujeto* y *algo objeto* se unen de esas múltiples maneras que luego se despliegan, es porque hay un vector de intencionalidad, antes de toda conciencia y de todo propósito, que los contiene concordados desde el origen del despliegue del conocer.

En *El orden oculto* no se entra en la disputa entre las teorías realistas e idealistas, se sabe que es una confrontación ya superada. Aristóteles *versus* Platón, Hume frente a Descartes —y sus epígonos contemporáneos—, la disyuntiva entre el entendimiento y la experiencia, son planteamientos de otro tiempo epistemológico. La física cuántica lo cambia todo. El propio Einstein se resistió a asumir este nuevo modelo que rompe cierto sentido común. Se resistió el físico cuántico David Bohm, esforzado en interpretar lo cuántico a la luz de la lógica de la física clásica. Y cabe decir lo mismo del titánico esfuerzo de Gustavo Bueno por entender el nuevo mundo cuántico desde una gnoseología nueva. Los tres formularon sus teorías para que la novedad cuántica encajara en el naturalismo clásico. Pero tras un siglo de intensa teorización y de sistemáticos descubrimientos, ya no hay duda de que es la física clásica la que se explica desde la cuántica, y no al revés. Y en este punto de primacía de lo cuántico se sitúa Urbina, a la vez que retoma todos los logros de Edmund Husserl, quien a principios de siglo XX entrevió la salida al dilema en el que la lógica de las ciencias andaba.

En el origen está lo cuántico y sus leyes persisten como base de lo real. Cosmológicamente lo cuántico ha devenido en mundo físico-químico, bioquímico y biológico y finalmente ha dado lugar a los animales. Y el ser humano, en el extremo final de ese despliegue de la naturaleza, incorpora una estructura que rompe con el modo típico de ser animal, a través del surgimiento de la conciencia intencional, que es a la vez inconsciente fenomenológico, inconsciente psicoanalítico y conciencia objetiva práctica.

¿Cómo hay que entender esto? Se entiende desde la óptica de un *principio de correspondencia* entre los tres niveles de la realidad humana y los tres grandes despliegues de la naturaleza: 1) la energía-materia *desorganizada* cuántica se

corresponde con el nivel original fenomenológico humano; 2) el mundo orgánico y biológico, con el nivel intermedio humano —en el que somos pensamiento— y 3) la vida animal, con el nivel básico práctico y naturalista, donde hace su juego la política. Y sucede que estos tres niveles están integrados en el ser humano, de manera que lo cuántico, lo vegetal (*lógica paratética*) y lo animal (*lógica apotética*) se ven ahora articulados de un modo superior en este nuevo animal, a través de vectores de intencionalidad que actúan ya pasiva ya activamente, con capacidad de ensamblar esas tres lógicas en un orden que, aunque oculto, está bien estructurado.

Y una vez que transitamos por esta nueva arquitectura, todos los problemas se entienden mejor.

Con esta trama humana sobre esta urdimbre natural, Urbina procede a explicar las condiciones de posibilidad de la matemática, de las ciencias naturales, de las ciencias humanas, y también, en tanto que son formas de conocimiento, del arte y de la religión, entendida esta no solo como mitología dogmática sino como interpretación de la trascendencia absoluta.

El nervio de esta teoría del conocimiento puede entenderse bien, dada la claridad expositiva, pero hay que saber que muchos de sus párrafos aquilatan conocimientos de gran complejidad, por lo que habrán de ser estudiados más que meramente leídos. Y claro, *El orden oculto* se comprende mejor una vez que se ha asimilado la obra con la que se conjuga, *Estromatología*.

No conozco una obra de filosofía a la altura de esta en el presente siglo.

Entiendo que es muy difícil trazar pinceladas que acerquen al futuro lector a su contenido efectivo. Por ello, en paralelo a esta reseña crítica he llevado a cabo un comentario largo, en el artículo titulado «El orden oculto estromatológico en la obra de Urbina» —que se publicará en esta misma revista—, sin embargo no quiero dejar de apuntar aquí brevemente algún aspecto esencial de esta novedad filosófica.

Una cuestión que puede ser esclarecedora para iniciarse en este sistema filosófico de fenomenología renovada, creo que es la diferencia en tres niveles del yo o del ego. Habría el nivel del *yo natural*, el nivel del *yo fenomenologizante* y el *nivel transcendental-sin-ego*.

Se habla de un yo natural en el nivel de la praxis objetiva, donde la intencionalidad funciona con toda su fuerza y donde el sujeto se halla en una relación fluida con objetos

constituidos en un mundo natural. Es el nivel de la percepción, de la actitud natural, del mundo vivido (*Weltanschauung*) y de la actividad política (la segunda partición de la humanidad). La sociología-3 y las ciencias políticas, jurídicas y económicas se mueven en este nivel, y también la etología.

Se habla de yo fenomenologizante en el nivel intermedio e intermediario de las *fantasías perceptivas*, que pueden ser fantasías perceptivas de lenguaje o artísticas. Las fantasías perceptivas de lenguaje transponen el sentido en signos lingüísticos y estos en significados objetivos —de arriba abajo—. Y las fantasías perceptivas del arte buscan resonancias estéticas, como reforzamiento de sentidos —de abajo arriba—. Es el lugar donde pensamos y donde *creamos*. Y, en las relaciones sociales e históricas, es el lugar donde operan los mitos, las religiones, las particiones identitarias culturales —la primera partición de la humanidad—. Y donde la eidética matemática toma punto de apoyo para independizarse con contenidos intemporales y universales. Las ciencias naturales —desde la física, la química, la bioquímica y la biología—, la sociología-2 y las ciencias humanas —morales, lingüísticas y mitológicas— operan epistemológicamente en este estrato. También el arte y la filosofía.

Se habla de un *polo subjetivo en el nivel transcendental sin ego*, que es el nivel superior, el original, el que evolutivamente, tras la hipérbasis, llevó del animal apotético al animal intencional. Hipérbasis que es reiterada fenomenológicamente cada vez que pasamos del nivel objetivo al nivel original. Este nivel es también el principio de los procesos de catábasis y de los movimientos de transposición. Y es el lugar de arribada, tras la *epokhê* y la reducción, en los procesos de anábasis. Por lo mismo, es el lugar desde donde resuenan los componentes últimos humanos con el resto de niveles, reforzando el sentido. En este nivel, el tiempo, el espacio, la subjetividad, el sentido y la objetividad están haciéndose. Y la *logo-logía* y la *thymo-logía* arrancan de este nivel. Hay un polo subjetivo que transopera con los esquicios hiléticos y una fuerza vectorial que tiende a la constitución de síntesis, que en este nivel no pueden ser más que esquemáticas, pero que como tales síntesis son ya susceptibles de ser, en la transposibilidad, transpuestas de nivel y transoperadas como fantasías perceptivas en el nivel intermediario. La *hylê* o eje natural (M1) es la que enlaza los tres niveles, puesto que en la *hylê* no hay diferencia en sus tres niveles, salvo por el modo cómo se relaciona con los polos subjetivos (M2, noesis) y objetivos (M3, noema: síntesis)

correspondientes. El nivel superior original y trascendental es el lugar de la mecánica cuántica, de la trascendencia absoluta, de la sociología-1, de la estética, de la ética —y de la igualdad, de la solidaridad y de la libertad, que quedan definidas a esta escala—. Husserl habló aquí de fantasías puras, aquellas que transpuestas son utilizadas en las fantasías perceptivas, y, en ese sentido, cabe hablar de nivel de la *phantasia* y de lo sublime.

Así pues, estos tres niveles nos sitúan ante una perspectiva epistemológica y ontológica totalmente nueva. Se trata no solo de tres niveles de la realidad humana sino también de los tres niveles de la *realidad* misma. Y son los tres modos cómo el sujeto opera (como yo natural), transopera *pensando* (como yo fenomenologizante) y transopera en lo esquemático transpasible y de manera totalmente inconsciente y en calidad de *comunidad de singulares*, de modo que, articulados arquitectónicamente los tres, resulta un animal intencional que deja de estar guiado exclusivamente por una conducta apotética, al igual que el reino animal dejó en su momento de estar guiado exclusivamente por las relaciones paratéticas del reino vegetal.

Los tres tramos de la *scala naturae* —lo cuántico, lo molecular y lo animal— se dan en una perfecta correspondencia con los tres niveles humanos. Nos hallamos, como puestos ante el espejo y reconociéndonos a nosotros mismos, animales intencionales, en un cuarto momento evolutivo, que no es un tramo de continuidad sin más en la *scala naturae*, no es una prolongación más, sino que es una torcedura por la que en el nuevo animal intencional los componentes naturales quedan organizados en sentido invertido a como venían dándose. Nada se anula ni nada queda negado de nuestra realidad cuántica, biológica, vegetativa, zoológica y etológica, pero todo ello queda recompuesto e integrado de manera singular: el ser humano, el animal intencional.

Este animal intencional configura un mundo de objetos conjugado con su subjetividad perceptiva y configura un mundo simbólico conjugado con su subjetividad de fantasías perceptivas, pero todo ello queda *transconfigurado* desde un nivel original esquemático, donde se hace el tiempo, el espacio y la subjetividad que soportan y hacen posible ese mundo de percepción y de pensamiento reflexivo posterior. Pero este nivel original tiene carácter inconsciente y en cuanto resuena en la *transpasibilidad* conocemos muy dificultosamente que el animal humano lleva a un límite su capacidad de conocer y conocerse, límite que es siempre el lugar de una

realidad que nunca se agota en su ser conocido y que aboca, así pues, al misterio, aspecto que va ligado a la experiencia religiosa —como mitología de justificación—, que algunos interpretan como vía mística y que Urbina prefiere pensar como puro estar en presencia del misterio o a la puerta kafkiana de una vía mistagógica. Es el territorio que Marc Richir gusta llamar *sublime*.

El campo intencional no solo permite el conocimiento *perceptivo, reflexivo y límite*, sino que despliega lateralmente, desde su nivel intermedio, un poderoso conocimiento *eidético*, de tal manera que la eidética se constituye en un campo con características propias, añadido y en duplicidad con el campo intencional. En el momento de su constitución evolutiva como animal intencional, este animal tiene también una contextura racional. Es animal intencional y también racional, si bien lo intencional dirige a lo racional y no al revés. Sin embargo, la cultura humana hunde sus pilares históricos más estables, además de en la supervivencia del animal intencional, en el crecimiento exponencial que los conocimientos científicos van aposentando, muchos de los cuales dependen totalmente o en gran medida de la eidética.

La suma de *Estromatología* y de *El orden oculto* nos sitúa ante un sistema fenomenológico que propone la superación de la filosofía y la ciencia clásicas. Supone una nueva ontología y una nueva epistemología. La idea de ser humano y de realidad quedan transformadas radicalmente, sin tener que negar ninguno de los logros y de las aportaciones tanto de la ciencia como de la tradición filosófica y sin tener que retraerse ni a un escepticismo excesivo ni a un dogmatismo beligerante. La estructura del conocimiento humano queda reorganizada de nuevo y de raíz. La teoría de la evolución, el despliegue cosmológico, la estratificación de las ciencias, la escala natural y la idea de ser humano diferente del animal quedan confirmadas pero profundizadas, nuevamente fundamentadas y estructuralmente cohesionadas en un sistema capaz de conectar todo este despliegue de conocimientos. Esta nueva filosofía tiene claro que no es una ciencia, pero posee la potencia explicativa de reunir y entender el porqué y el cómo y la validez de los conocimientos científicos y de los no científicos.

Somos animales. Pero somos animales intencionales y la intencionalidad se despliega en este animal al tiempo que la eidética se genera dissociada de ella. Así que, de esa manera, el conocimiento opera desde dos anclajes diferentes. Y no hay una *doble verdad* sino una verdad que se incluye en otra preponderante.

El futuro de la *epistemología estromatológica* dependerá de que consiga hacer funcionar en su interior, de modo aplicado, el conjunto de las investigaciones en cualquiera de los campos del conocimiento. Es mucho, incluso casi excesivo, si lo miramos cuantitativamente, pero no sería excesivo sino lo justo, si reparamos en que se trata de un cambio de criterio generalísimo. Los conocimientos han de seguir ordenándose en su cuadrícula racional, pero no pueden dejar de quedar relacionados con su última fuente y su envolvente definitiva, que es intencional. Y la estromatología se nos presenta como la *herramienta* que ayuda a llevar a cabo *ordenadamente* esta arquitectura, una herramienta de textura fenomenológica pero que reordena todo: la ontología, la gnoseología, la epistemología y el mundo de la vida, a la luz de las claves descubiertas de este *orden oculto*.

eikasía
REVISTA DE FILOSOFÍA